

PUNTO Y FINAL
PARA LOS QUE EMPIEZAN
A ESCRIBIR

jordi pascual morant



PM

PUNTO Y FINAL
PARA LOS QUE EMPIEZAN
A ESCRIBIR

jordi pascual morant

A handwritten mark or signature consisting of a horizontal line at the top, followed by a curved line that descends and then curves back up to the right, ending in a vertical line.

Punto y final. Para los que empiezan a escribir
© Jordi Pascual Morant 2024

Diseño: Jordi Pascual Morant
Edición de texto: Laura Gomara Panadero

1ª Edición.
Castelldefels 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un medio informático, ni su transmisión en cualquier forma o mediante cualquier otro medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otras) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

<https://www.pascualmorant.com>

PROPOSICIÓN

Albert había rastreado por Internet cursos para escritores principiantes. Estuvo varias semanas seleccionando algunos canales de Youtube, aquellos que le parecieron más apropiados. Finalmente se decidió por: “Punto y Final. Para los que empiezan a escribir”. Desde un principio le gustó el título, le cautivó, pero mucho más cuando vio todos los vídeos. Los tutoriales los impartía una mujer de unos cuarenta años que vestía prendas cómodas y funcionales. Se expresaba con entusiasmo, quizás por eso tenía tantos seguidores. Provocaba interés, mantenía la atención al otro lado de la pantalla. A pesar de los muchos comentarios que aparecían en la barra lateral, él sentía privacidad con ella. Le daba confianza. Fueron tantas las horas viéndola, que ya era parte de su vida. Le creó expectativas, por lo que decidió pedirle una tutoría en línea y así entablar conversaciones directas. Ser mirado por ella. Que le hablara sólo a él.

Redactó un escrito concienzudo, prestando mucha atención en no cometer errores gramaticales que mostraran falta de cultura o poca formación, inapropiado para alguien que quería ser escritor. Fue simple y concreto en su mensaje:

Hola, Noelia:

Estoy suscrito a tu canal. He visto todos tus videos y quería felicitarte.

Lo hubiera podido hacer junto a los comentarios de los muchos que te siguen, pero me siento muy inseguro cuando escribo en público, por eso quiero tener la confianza suficiente para ello. Tengo veintitrés años. Me hubiera gustado hacer ciencias y humanidades pero tomé la decisión de buscar trabajo mientras pensaba qué estudiar. Me gusta escribir y he aprendido mucho de tus tutoriales pero necesito más, así que quería pedirte una tutoría en línea. ¿Sería posible? ¿En qué condiciones?

Te agradecería mucho tu interés.

Espero noticias tuyas.

Saludos cordiales.

Albert

Repasó el texto durante largo tiempo antes de enviarlo. Al cabo de unas horas de recibirlo, Noelia le respondió, atenta y sí, interesada. Le propuso un precio que a él le pareció asequible. Acordaron horarios y días. Todo perfecto.

PREDICADO

Llegó el día de la primera reunión virtual. Albert, que vivía en un piso compartido con una pareja de amigos, Laura y Fabián, quiso entretenerse en el atrezo que la cámara había de mostrar a su tutora. Su espacio de trabajo se encontraba en la sala común del apartamento. La cocina, el comedor, el sofá y el televisor, todo eso aparecía en la pantalla de su portátil. También las puertas del baño y las habitaciones. Obligado por la situación del *router* le convenía el lugar que ocupaba, pero, claro, era demasiada información visual que no quería mostrar a Noelia. Así que rehusó convertirse en escenógrafo ocasional y configuró la cámara con ese desenfoque gaussiano tan impersonal que disimula nuestras intimidades. Estaba inquieto, nervioso. Respiró profundo y a la hora concertada conectó el *software* de videollamada.

Coincidieron los dos en pulsar el icono de llamada y aparecieron conectados en sus pantallas.

—¡Eh! ¡Hola, Albert! ¿Cómo estás? Un placer conocerte.

—Hola, Noelia —respondió él, parco, con voz suave y entrecortada—. Encantado.

Albert se mostraba oscilante, inquieto. Miraba el espacio que la rodeaba y que reconocía de sus se-

siones en Youtube, donde se la veía delante de unas cortinas y un simple jarrón con flores que a él le parecían artificiales.

—Bueno, cuéntame un poco más de ti —le preguntó ella.

Albert se llevó la mano a la barbilla a medio camino de esconder sus labios, con la duda de qué decir, cómo decirlo. Hubiera preferido iniciar la charla con los primeros contenidos del curso.

10 | —No sabría cómo empezar... Mi timidez me impide mostrarme a quién aún no conozco lo suficiente... Quiero ser escritor —reaccionó, en un intento de sobreponerse—. Me gusta escribir historias para expresar lo que siento, lo que me preocupa, lo que me sucede y deseo

—Buena carta de presentación —le respondió ella—. Has ido al grano, eso me gusta. Ya tendremos tiempo de conocernos mejor. Aunque tú me aventajas si has visto todos mis videos —sonrió.

—Sí, todos, te lo aseguro. Como te decía en el *mail*, he aprendido mucho. Aun así necesito algo más. Quizás alguien a quien leerle mis relatos. Soy una persona solitaria. Tengo pocos amigos y creo que apenas les interesa leer, sólo ver videoclip, uno tras otro, deslizando el dedo.

—Aquí tendrás la oportunidad de leerlos —le consoló Noelia—. Tengo mucha curiosidad por oírte, que es como decir: sentirte, notarte, escucharte. Verbos que nos ayudan a expresar ideas, como las que tu imaginas. Es lo que deseas, como bien decías. Así que, lápiz en mano o dedos al teclado.

Noelia le planteó un programa flexible, que se adaptara al ritmo de las sesiones y las dudas que pudieran surgir en el transcurso de la tutoría. Empezarían por el uso de la gramática, método que ella utilizaba como metáforas de la vida. Le propuso encuentros de un día a la semana, los viernes. Noelia le pidió si podía ajustarse a un horario nocturno, ya que durante el día tenía otras formaciones y cuestiones domésticas que no podía cambiar.

Él no tuvo objeción. Ese primer día tuvo un buen comienzo. No era un “Punto y final”, como rezaba el eslogan del canal, más bien una promesa de felicidad.

ADVERBIO

La semana siguiente, a las ocho en punto de la noche, allí estaban, tutora y escritor preparados para

empezar la segunda sesión. Conectados y manos al teclado, como diría Noelia.

—Buenas noches, Albert. ¿Cómo estás? ¿Has podido repasar lo que hablamos? ¿Terminaste los ejercicios?

—Hola, Noelia. Sí, con algunas dudas, pero ahora sé algo más de los adverbios. Me doy cuenta del poder que tienen, la capacidad de modificar el significado de lo que escribimos. Si pudiera, escogería ser un adverbio. Tener la capacidad de transformar mis acciones para mejorarlas, ampliarlas.

12

—Vaya, sí que has meditado sobre el tema. Espero que durante el curso llegues a conseguirlo. Como esa falta de confianza que describías en el correo que me enviaste .

La última frase de Noelia no la tomó como un reproche sino que lo animó a exponer más confesiones.

—Sí, confiar en mí y no desconfiar de los otros, que quizás sea la razón de mi soledad.

Mientras hablaba con Noelia, ésta vio en su pantalla cómo entraba en el salón de Albert un personaje que no supo identificar, debido al desenfoque que él había configurado en la cámara.

—Veo que no estás tan solo, alguien ha entrado en tu casa.

—Ah, sí, compartimos piso. Somos tres inquilinos
—Mientras le respondía restauraba las propiedades de la imagen.

—¡Hoooola! —saludaba Fabián desde el fondo de la sala que miraba la pantalla.

—Encantada de saludarte, inquilino, o quizás eres ¿Athos, Porthos, Aramis?

Albert la miró con cara de interrogante, no entendía a qué se refería. Noelia, al ver su expresión, le dijo:

—Creo que no sabes de dónde salen los nombres que he citado, ¿verdad?

—Ni idea —le respondió con gesto encogido.

—Son los protagonistas de una de las novelas de capa y espada más famosa de la historia —le aclaró ella.

—Sí, *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas —añadió Fabián.

—¡Bravo! ¿También eres escritor? —le preguntó ella.

Albert se sentía incómodo en medio del diálogo entre su tutora y el amigo. Aparte de relucir su propia ignorancia se había truncado el intercambio confidencial con Noelia. Le jorobó y nunca mejor dicho,

tener a sus espaldas a Fabián alardeando de sus conocimientos literarios.

—No —le contestó—, pero leo mucho.

Solo le faltó eso, de alguna manera le estaba diciendo: “A ver si lees un poco más, Tito”. Su rostro palideció. Noelia, que estaba muy atenta al ambiente que se había creado, intervino para reconducir la situación.

—Bueno, tendrás que perdonarnos, Fabián, pero hemos de seguir con nuestra clase.

14

—¡Uy! Sí, sí, faltaría más —les dijo en retirada a su habitación, mientras Albert movía la cabeza disgustado por su intromisión.

—Disculpa Noelia, los viernes no suelen estar mis compañeros de piso. Quizás algún día coincidamos, pero serán pocos.

—No importa, nos ha servido para introducir una de las novelas que me gustaría que leyeras. Por cierto, ¿cómo estás de verbos y sus conjugaciones?

—Pregúntame —le dijo Albert, con temblor en la mano que sujetaba el ratón.

—Cuando digo: “me gustaría que leyeras”, ¿a qué tipo de conjugación me refiero?

—¡Ni pajorela idea! —le respondió perplejo.

—Pretérito imperfecto —le aclaró Noelia.

—Yo sí que estoy lleno de imperfecciones —le dijo Albert bajando la cabeza.

—Venga, que no hay para tanto. Sigamos con los verbos.

Las palabras de ánimo de Noelia reiniciaron la conexión que Fabián había interrumpido.

VERBO

Cuando terminó la segunda sesión con Noelia, Albert sintió que había mostrado una parte de su personalidad demasiado íntima. Fragilidad, inseguridad, recelo hacia su amigo. «¿Qué impresión se habrá llevado Noelia?», pensó «¿Cómo comportarme la próxima vez?», se preguntó. Dudó si dejarse ir o mantenerse cauto en sus expresiones.

Pasó una semana y volvieron a encontrarse. La pantalla de Noelia ya estaba en línea cuando Albert se conectó. La sorprendió removiendo con prisas unos papeles sobre la mesa sin que ella le prestara atención.

—Buenas noches, Noelia.

—¡Ah! Hola Albert. Casi no llego a tiempo, mi hija acaba de dormirse. ¿Cómo estás?

—Bien. Así que tienes una hija. ¿Es una de las cuestiones domésticas que me decías?

—Sí —sonrió— y también me hace cuestionarme muchas cosas mi pequeña Bárbara de cuatro meses. Mi vida está llena de dudas —eso lo dijo girando la mano hacia la cortina—. Pero estás aquí para expresar tus inquietudes, no para oír las mías.

Albert hizo una pequeña mueca de resignación. Hubiera preferido indagar en la vida de Noelia oyendo sus “dudas”. Ella miró la pantalla de su portátil y buscó los últimos documentos de la clase anterior.

—Veamos... ah, sí —dijo—. Los verbos. ¿Has hecho los ejercicios que te pasé?

—Sí. Aunque algunas conjugaciones me parecen bien extrañas. Espero no utilizarlas nunca —le dijo Albert bromeando.

—Seguramente no lo harás. Hay muchas formas verbales. Encontrarás las más apropiadas para no parecer un escritor del siglo dieciséis.

—Realmente el listado de conjugaciones es extensa; una verbo... rrea de expresiones.

A Noelia le gustó que Albert empezara a mostrar su humor, a ser más informal. También ella se sentía cómoda.

—Las acciones son parte importante en nuestra vida y necesitamos los verbos para expresarlas —dijo—. Pero también es muy necesario describir el espacio, los lugares, el entorno, el escenario donde ocurren. Una vivienda, un despacho, una habitación bien descritos pueden darnos una idea del sujeto que los habita.

Albert giró la cabeza hacia atrás y permaneció en pausa. Luego volvió a mirar su pantalla y le dijo:

—¿Qué impresión te da mi hogar? —dijo imitando con los dedos las comillas.

—Si vivieras solo, tendría una idea más aproximada de ti. Pero al vivir con otros, el espacio compartido dispersa los gustos: los fetiches colocados en estanterías, los tonos de color de las paredes, la ausencia de algún tipo de flor. En el atrezo de esas circunstancias es donde el escritor no debe confundir al lector si no quiere desdibujar la personalidad del personaje. Por cierto, has hecho bien en prescindir del desenfoque del fondo. Estoy aquí para observar cómo vestirás a tus personajes, no para fisgonear la decoración de tu casa.

Esto último lo dijo, en realidad, porque nada de lo que vio en el piso de Albert podía definir su persona-

lidad ni la de sus compañeros. Parecía que hubieran creado un ambiente absolutamente provisional, de paso, ligero para una eventual mudanza.

—Te lo agradezco, Noelia. Soy muy patoso decorando. Los árboles de Navidad huyen cuando me ven llegar con los ornamentos del chino.

Noelia se inclinó bruscamente sobre la mesa con una gran carcajada. Transcurridos unos segundos se incorporó para quitarse las gafas y secarse las lágrimas ante la mirada satisfecha de Albert.

—Hacía tiempo que no tenía un arrebato de risa como éste —le dijo colocándose las gafas.

Albert, mientras esperaba a que ella se recuperara, observó en su pantalla la cortina que ocultaba su curiosidad. Deseaba tanto saber cómo era su hogar. Dónde dormía su hija, qué objetos la acompañaban, si tenía un espacio ordenado o más bien el caos propio de una escritora obsesionada con escribir. Pero no se atrevió a insinuarle su interés.

—Me gusta verte reír así —le dijo Albert—. Nunca te he visto hacerlo en los videos. Sabía de tu pasión al hablar, pero desconocía esa efusiva expresión de alegría.

—Eres muy amable —le agradeció ella—. Y has estado muy gracioso con tu árbol de Navidad. Mira,

han aparecido dos adjetivos: amable y gracioso. ¿Te parece que tratemos el tema? Vamos a aprender a cualificar los sustantivos.

—¿No sería mejor empezar por éstos últimos? — le sugirió Albert.

—Cierto —reconoció Noelia—, siempre hay que poner el adjetivo después del sustantivo. Bien visto. Pero a veces hay que cambiar el orden de las cosas si queremos destacar una más que la otra. También podemos simular un error, siempre le prestaremos más atención. Quizás no te has dado cuenta de que en el título de mi canal la frase está mal escrita. Debería decir: “Punto final”, sin la “y”. Quería sorprender al lector, impactar mucho más con la rotundidad: “y final”. Pero como acabamos de repasar el verbo, ahora le sigue el adjetivo. ¡Vamos a ello!

ADJETIVO

Pasó una semana más sin que disminuyera la ilusión que Albert había depositado en Noelia. Aquella mañana había comprado unas flores para ponerlas sobre la encimera de la cocina, allí donde la cá-

mara podía capturarlas en su plenitud. ¡Y no eran artificiales!

Ella fue la primera en llamar. Albert descolgó el teléfono virtual.

—Hola, Noelia —¿Cómo estás? ¿Qué tiempo hace en Valencia?

—Hola, Albert. Tenemos una borrasca impresionante y he oído que va para Barcelona.

—Vaya, haces bien en decírmelo, tendré que recoger la ropa de la azotea.

—¡Caray, tienes un solárium!

—Es el único sitio que tenemos para tender la ropa. Cuando terminemos, subiré a por ella.

De repente, Noelia se acercó a la pantalla mirándola fijamente, y le dijo:

—¡Anda! ¡Qué flores más bonitas tienes en la cocina!

—¿Te gustan? —le preguntó Albert girando la cabeza para contemplarlas orgulloso.

—¿Son naturales? —dijo ella—. Las mías no lo son, no tengo tiempo para cuidarlas por culpa de “mis cuestiones”.

Tras la excusa de Noelia confirmando lo que él ya sabía, que sus flores no eran naturales, Albert respondió:

—Los viernes me toca comprar comida para el fin de semana y las he visto en una floristería que hay al lado del súper. Es la primera vez que me he dado cuenta de que existía. De hecho, es la primera vez que compro flores. Son crisantemos, me ha dicho la florista.

—Veo que empiezas a embellecer tu entorno compartido.

—Ya te diré cuánto lo aprecian mis colegas. Quizás Laura dejará ir algún comentario favorable, por eso de que las mujeres sois más sensibles.

—¡Ah! Una chica. —dijo Noelia, que sintió extrañeza en su ánimo sin saber el motivo .

—Sí. Los fines de semana, al salir de las prácticas de enfermería, suele ir a ver a sus padres a un pueblo fuera de Barcelona. Y Fabián ya debe estar tomando unas cervezas con sus amigos discotequeros. No suele aparecer hasta el domingo por la noche. Tendremos una sesión tranquila.

—Empecemos pues —dijo Noelia—. ¿Te quedó claro el tema de los adjetivos? Si digo: tu cocina es pequeña, tus flores son bonitas, tu camisa es alegre, tu sonrisa es clara...

—Tu cortina es opaca —le interrumpió Albert.

Ella se detuvo por unos instantes. Lo entendió. Se levantó y corrió la cortina.

—¿Mejor así? —Le dijo Noelia fuera de pantalla.

En ese momento la niña se despertó llorando. Noelia fue a calmarla, mientras Albert contemplaba a través de la pantalla la escenografía que tanto deseaba conocer. Parecía un personaje melancólico observando un paisaje sublime, como en los cuadros del pintor alemán David Friedrich.

22

Se entretuvo poco a poco en cada detalle de la habitación: las estanterías llenas de libros, las fotos familiares enmarcadas, una piedra de cristales violáceos y otros objetos que no llegaba a identificar. La puerta al fondo y la cuna de la niña al lado.

Noelia abrazó al bebé, meciéndola dulcemente. Al poco rato consiguió que se durmiera de nuevo y volvió ante la pantalla.

—Perdona, Albert, suele dormir de un tirón. Habrá sido la cortina. Y bien, ¿qué te parece mi escondite? —le dijo impaciente. Mostraba curiosidad por su opinión al verlo tan interesado.

—Espero que no te haya molestado mi indiscreción.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones —contestó ella—. Podría ser un ejemplo de adjetivo determinativo: lo que hay en mi estudio no me des-

cribe como tal, pero sí da información sobre el espacio que ocupo.

—Veo cosas importantes para ti —le dijo Albert—. Los libros, las fotos, Bárbara en su cuna. Pero esa piedra cristalina me desconcierta.

—Viene de familia. La tengo desde pequeña y la guardo con mucho cariño. Mi padre era geólogo y ese mineral lo encontró él. Es una amatista. Está considerada como una piedra de paz y se cree que su efecto calmante induce sueños tranquilos y conecta al soñador con lo Divino. Favorece una mente serena, clara y despierta. Importante para una escritora como yo. También la puse cerca de Bárbara, pero esta vez no funcionaron sus efectos hipnóticos.

—Yo tenía un barquito de juguete —contó él—. Me gustaría haberlo conservado. Tu pelo me recuerda al de mi madre. También era largo y ondulado. Le llegaba a la cintura. A raíz de una enfermedad tenía el brazo inmovilizado y a veces me pedía que le cepillara el cabello. Me encantaba hacerlo. Mientras deslizaba el cepillo imaginaba que era mi barquito que navegaba en el oleaje de su cabellera. Un día me dijo que se lo recogiera en una cola. Entonces dejaba al descubierto la piel reluciente de la nuca, como si hubiera corrido los visillos para que entrara la luz. Poco más tarde supimos que tenía un cáncer. La quimioterapia nos privó de esos momentos. Murió pocas semanas después.

—Lo siento mucho, Albert. Debió ser muy duro para ti. Te debiste sentir abandonado.

—Fue el inicio de mi soledad —dijo Albert con acritud.

A Noelia aquello la afectó. Le subieron las lágrimas a los ojos.

—Tengo que decirte que me ha emocionado cómo lo has contado. Has hecho una descripción poética muy sentida. Te iría muy bien escribir sobre esos momentos que son tan importantes para ti.

—¿Y cómo se escribe sobre uno mismo? —le preguntó Albert.

—Corriendo los visillos —le respondió ella—. Dejando entrar la luz. Que nada quede en la oscuridad.

Albert bajó la mirada, como reconociendo su dificultad para conseguirlo.

—Por cierto, Albert —se apresuró Noelia para animarlo—, como muestra de la confianza que te tengo, quiero dejar abierta la cortina. Me sentiré más segura. Así podrás avisarme si aparece por mi espalda Norman Bates con un cuchillo en la mano.

Albert soltó una risotada.

—Ése sí lo conozco —le dijo recuperado de su introspección—. Soy un hitchconiano empedernido y Psicosis es mi preferida.

Aquella noche hubo un cambio en su relación. Se descubrieron aspectos íntimos de Albert; importantes, fundamentales, esenciales, mientras que Noelia dejó de esconder tras su cortina lo sustancial. Quizás por eso eligió el sustantivo para seguir con la sesión, al ser, en un sentido amplio, parte de lo sustancial.

SUSTANTIVO

Cuarta semana. A las siete de la tarde Albert recogía la vajilla que Fabián había utilizado antes de irse a la “Ruta del bakalao catalán”. Le exasperaba la falta de orden de su amigo. Lo conoció cuando ambos trabajaban en una discoteca, Albert, forzado a ello. Odiaba esos lugares ruidosos donde era imposible tener conversaciones relajadas. Pero necesitaba independizarse de su padre que, después de enviudar, convivía con una mujer con la que Albert nunca llegó a sintonizar. Por ello le urgía volar, planear su vida, airear sus ilusiones. Aguantó poco tiempo trabajando en aquel local sonoro donde Fabián le propuso compartir piso. Aunque solo hacía seis meses que estaban juntos, confiaba en él. Laura se incorporó dos semanas después.

Justo cuando terminaba de ordenar la cocina, entró ella.

—¡Oh! ¡Qué bonitos crisantemos!

—Ah, eres tú —le dijo sorprendido Albert—. No te esperaba a estas horas.

—Hoy he decidido no ir a Mataró —le respondió mostrando la bolsa de su tienda preferida—. ¡He comprado *sushi*! He pensado que podríamos cenar juntos. Así me cuentas cómo te va con tu nuevo trabajo.

—Hoy no puedo —dijo él—. Tengo una cita *on-line*. Imposible.

—Vaya, debe de ser muy importante —dijo Laura decepcionada.

—He empezado un curso literario —le aclaró Albert.

—Suena bien. Lo tenías muy callado. Tus silencios me sorprenden, no sabía que te interesaba la literatura.

—Bueno, escribir historias —le corrigió él con prisas—. Disculpa, pero tengo poco tiempo.

—Sí, claro, dejaré la cena en la nevera.

Laura se retiró frustrada a su habitación sin que Albert advirtiera lo importante que era para ella

aquella cena. Simplemente terminó de ordenar la cocina y se puso delante del portátil, impaciente, con su habitual rigidez e inseguridad. Aún no recogía la confianza que intentaba transmitirle Noelia.

—Hola, Noelia. ¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Hola, Albert —le saludó Noelia con voz apagada y un ojo amoratado—. Tropecé y me di un golpe con la puerta. Y para mayor desgracia me rompí el cristal de las gafas y el impacto me provocó un hematoma. Tienen que hacerme unas gafas nuevas. Ahora llevo estas viejas con menos graduación, pero solo tengo que aumentar el tamaño de letra de la pantalla y ya está —dijo sonriendo—. Puedo pasar así unos días. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido el duelo con los sustantivos?

—Mi florete del entendimiento se ha mostrado muy ágil para enfrentarse a dicha esgrima —respondió Albert con una oración metafórica llena de sustantivos... y astucia.

—Tu sutileza lo confirma. ¡Bravo! —le aplaudió Noelia. En ese momento vio salir a Laura de su habitación.

Albert se giró al oír el ruido de la puerta y miró a Laura con recelo. Ella se detuvo, cruzando su mirada con la de Noelia a través de la pantalla, en una tensa

confrontación visual, como si cada una de ellas estuviera invadiendo un espacio que consideraban les pertenecía. Aquella vez Noelia no se atrevió a bromear y esperó a que Albert las presentase. Lo hizo con una formalidad forzada:

—Ella es Laura. Laura, te presento a Noelia.

Ambas se tropezaron al saludarse.

—Hola. Qué tal.

Laura sacó de la nevera el *sushi* y una botella de vino blanco y volvió a su cuarto sin ningún tipo de cordialidad. Albert hizo una mueca y miró a Noelia que disimulaba retirando unos papeles que tenía sobre la mesa. Pero enseguida volvió a mirarlo queriendo controlar la situación y sus propios sentimientos que creyó estaban fuera de lugar y le dijo:

—Albert, ¡vamos con las interjecciones! Viene como anillo al dedo en estos momentos. No nos escondamos del ambiente que se ha creado. Lo expresaremos con palabras, cuyos elementos formen enunciados exclamativos para manifestar impresiones, verbalizar sentimientos. Por ejemplo, yo podría decir: ¡Uf! ¡Vaya! ¡Socorro!

Noelia demostró saber el lugar que ocupaba, sobreponiéndose y reconduciendo la sesión. Albert

sonrió, buscando una posición más cómoda en la silla.

—¡Vamos pues! —Albert la animó para seguir con las interjecciones.

Al cabo de un buen rato, cuando Noelia dio por terminada la sesión, permitió una prórroga para que ambos pudieran relajarse unos minutos. Le gustaba las conversaciones con él, las necesitaba. Hablaron sobre el *sushi* de Laura y la tortilla que ella tenía preparada en la cocina. Albert movió la cabeza, insinuando que no habría cena japonesa para él. En aquel momento oyó voces y golpes al otro lado de su pantalla.

—¡Noelia! ¡TOC! ¡Noelia! ¡TOC! ¡TOC! —Era una voz masculina que sonaba ebria entre los fuertes golpes.

Noelia se disculpó y le emplazó con rapidez para el próximo día.

INTERJECCIÓN

Albert no pudo esperar a que llegara el día. Le envió un correo mostrando su inquietud por los gritos

y golpes de la última sesión. Ella tardó unas horas en responder, diciéndole que no quería hablar de temas personales por *mail*, que ya se verían el viernes.

Quiso mirar el canal en Youtube, preocupado, para saber algo más de ella, pero hacía semanas que Noelia no subía ningún video nuevo. Así que no tuvo más remedio que confiar en que estaría bien.

Cuando se volvieron a ver, Noelia llevaba gafas nuevas y su ojo había cambiado de color, ya no mostraba el moretón de la última vez. Esto lo tranquilizó, y él la saludó más relajado.

30

—Estaba impaciente por verte. He pasado una semana en vilo. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Siento lo del otro día —dijo apenada.

—¿Sabes? He leído el libro de Dumas, como me sugeriste; no esperaba que apareciera otro mosquetero —dijo Albert, recordando la voz masculina de la otra noche.

Como si las imágenes de sus pantallas se hubieran congelado, también sus ojos permanecieron fijos en el silencio de sus labios.

—A veces nos creamos falsas expectativas —le respondió Noelia—, me refiero con los títulos de los

libros, claro —matizó ella, sabiendo que no era a eso a lo que se refería.

—Sí, claro —asintió él.

—Espero que hayas podido resolver las dudas que surgieron con las interjecciones y su diferencia con las onomatopeyas —comentó Noelia intentando desviar la conversación que la incomodaba por la ambivalencia de sus deseos: que Albert se interesara por ella, que la reconociera, o mantener la distancia de sus afectos y centrarse en el guion de sus clases.

—Sí, me pareció una gran solución poder expresar impresiones y sentimientos con una sola palabra. Se acerca mucho al haikú, ¿no? —sugirió él, como muestra de alumno disciplinado.

—Interesante comparación —se sorprendió Noelia—. Las interjecciones y los haikus comparten ciertas similitudes: brevedad y capacidad de transmitir significados o emociones de manera concisa. Es su simplicidad lo que los hace poderosos. Pueden evocar imágenes expresivas o emociones intensas en el lector.

—¡Basta! —irrumpió Albert—. Necesito que me cuentes qué pasó. No puedo seguir como si nada. He estado muy preocupado esta semana. No quisiste comentármelo en el *mail* y esperaba que hoy te mos-

traras más comunicativa. ¿Hay algo que sea tan privado que no quieras explicarme?

—¡Sí, muy privado! —le contestó enfadada por la exigencia de Albert—. No tengo porqué darte explicaciones de lo que ocurre en mi casa. Deberíamos limitarnos a mantener los roles que se supone exige nuestra condición de tutora y alumno.

Tras un tenso silencio Noelia siguió en un tomo más relajado.

—Lo siento, Albert. Me gustaría ayudarte a ser un buen escritor y no quisiera que nada interfiriera en la confianza que has depositado en mí. Te agradezco tu preocupación, no te lo tomes como un desprecio, hace poco que nos conocemos y hemos abierto algunas cortinas que quizás deberían continuar cerradas. Para tranquilizarte te diré que el hombre que golpeó la puerta se llama Diego, es mi pareja. Un mal día lo tiene cualquiera. Se pasó con la bebida, nada más. ¿Te parece que sigamos con la sesión? Tú decides.

—Disculpa, Noelia. No quería violentarte. Agradezco tu confianza. Sí, sigamos.

PARÉNTESIS

Siete días más tarde, Albert y Fabián colgaban un cuadro que la noche anterior les había regalado un amigo, mientras en el salón sonaba una de las improvisaciones de Miles Davis que más le gustaban a Albert: “Bags’ Groove”, del álbum, «Tallest Trees». Uno de los pocos discos que se llevó de su padre. Cuando terminaron, Fabián le propuso salir de copas.

—Te vienes a tomar unas birras, Tito —le preguntó, dispuesto a salir con su look discotequero.

—Recuerda que hoy tengo videoconferencia —le respondió Albert.

—Ah sí, tu tutora. Desde que estás con ella pones más música, aunque sea la de nuestros abuelos —le dijo con un guiño cómplice—. ¿Qué te está pasando? ¿Será, será... ? ¡Tito está enamorado! ¡Tito está enamorado! —exclamaba mientras salía por la puerta riendo.

«¡Gilipollas!», pensó Albert, que terminaba sus preparativos para una nueva sesión con Noelia. Aquel día le tenía prevista una sorpresa.

—Buenas noches, Albert —le saludó ella colocándose las gafas.

—Hola, Noelia. ¿Qué tal la semana?

—Movida, como de costumbre.

—¿Y Bárbara?

—¡Ah! Ella es la paz que necesito, a pesar del tiempo y la atención que requiere —eso lo dijo con un suspiro resignado—. La miro y todo tiene sentido. Me acompaña. Le agradezco que me necesite, que me lllore, me sonría, me mire... y que yo la pueda contemplar mientras duerme.

—Diego también te debe acompañar —insinuó él.

—No tanto como quisiera. Se pasa el día viajando, es transportista. Cuando sale del país pasan días sin que nos veamos

—¿Puedo preguntarte cómo os conocisteis?

Noelia dudó un instante, más aún después de la sesión anterior. Le miró fijamente y le dijo:.

—Aún no nos conocemos lo suficiente como para compartir intimidades, pero te has ganado mi confianza y me irá bien contártelo. Fue en una tutoría. También quería ser escritor. Estuvimos dos años trabajando semana tras semana y eso nos condujo a un vínculo muy fuerte. Un día quedamos en vernos para cenar y allí empezó todo. De eso hace un año y medio. Las tutorías se terminaron, le era imposible continuar debido a su trabajo. Nos seguíamos viendo

y Bárbara fue el resultado de una noche loca, ninguno de los dos tomó las precauciones necesarias. Yo preferí seguir viviendo sola, cada cual en su casa. Él viene siempre que puede. Pero me reconozco como madre soltera. Si te he de ser sincera, no cuento con él, pero es su padre. Nos queremos, aunque la situación no es fácil.

Alberto la escuchaba con una cierta tristeza.

—Disculpa —reaccionó ella—, hoy me estoy desviando de mi obligación como tutora.

—No, para nada —le dijo él—. Estoy aquí para aprender, sí, pero somos humanos y a veces necesitamos intercambiar vivencias con otros para que nos ayude a sobrellevarlas mejor. Yo también quiero compartir algo contigo.

—Claro, cuéntame —le pidió ella.

—Verás. Quería desprenderme del recuerdo de una relación que no terminó bien y pensé que escribiendo un relato sobre el dolor que aquello me produjo sanaría mi herida.

—Vaya. Lo lamento. Te ayudará y te hará bien expresar en el papel tu desconsuelo. Me alegra la decisión que has tomado. ¿En qué estado tienes el relato?

—Lo tengo terminado.

—¡Oh! ¡Bravo! —exclamó ella.

—Tus clases me están motivando mucho —le dijo él—. Retomé algunos apuntes que tenía hechos. ¿Quieres que te lo lea?

—¡Por supuesto!, para eso estás aquí, recuerda.

—Es la primera vez que leo un escrito mío a alguien —dijo Albert mientras buscaba en su portátil la carpeta del archivo—. Miento —reaccionó—, aún no te he contado mis inicios como escritor. A los ocho años leía mis cuentos a los compañeros de colegio y cuando volvía a clase seguía escribiendo. Hasta que un día la maestra, si se la puede llamar así, me cogió las cuartillas que tenía escritas y me las rompió diciendo que aquel no era el momento de hacer “aquello”. Tarde años en volver a escribir y ahora, catorce años después, a leerle a alguien mis relatos.

—¡Dios mío! ¡Qué crueldad! Por favor, léemelo.

—Se titula: “Lágrimas de lluvia” —le dijo tímida-mente—. Dice así: Estaba de pie, con las palmas de las manos abiertas recogiendo la lluvia. Las lágrimas caían de sus ojos mezclándose con el agua. Se preguntaba por qué se encontraba otra vez solo, sin la compañía de la mujer a la que tanto amaba. Supuso que no era el hombre que ella quería para sí. Les separaba aspectos importantes: ella era mucho más joven, le gustaba ir de fiesta con sus propios amigos,

sin él, que no compartía su afición a evadirse mediante las drogas.

Era evidente que la relación no tenía el equilibrio necesario para prosperar. La belleza, la simpatía y la atracción que ejercía sobre otros hombres le otorgaba la arrogancia de saberse deseada y tener el privilegio de elegir. Pero, ¿qué le hizo creer que él era el escogido? Casi nunca le mostraba su afecto y a menudo le humillaba con sus desaires.

La situación de aquel hombre enamorado era de abnegación y entrega absoluta a los caprichos de ella. La peor de las estrategias para seducirla. La conocía bien: su pasado sin cariño, sus acciones huidizas, sus inseguridades, eso le hacía ser comprensivo, la quería ayudar. Al inicio de la relación él había recibido su amor, sus muestras de estímulo hacia su trabajo artístico y la admiración por sus cualidades creativas. Pero todo eso se había diluido en el escaso tiempo que llevaban juntos. Ya no recibía mensajes o llamadas de añoranza. Ella, se había retirado, su inseguridad la obligó. Se separaron.

Mientras reflexionaba, con las manos llenas de lluvia y llantos, los lanzó a la cara. Se quedó inmóvil cubriéndose el rostro. En ese momento sintió acariciar sus manos, eran otras más suaves que reconoció al instante, las de ella, que lo abrazó por detrás diciéndole: «Te quiero». Él se giró para besarla.

Pero no había nadie, era una ilusión. La lluvia cedió y unos pequeños rayos de sol aparecieron entre las nubes grises que se iban dispersando.

PUNTO APARTE

Después de aquella lectura terapéutica, se pasó todo el fin de semana corrigiendo y reescribiendo el relato con las indicaciones y sugerencias de su tutora. Desde su inseguridad, pensó que nunca podría escribir una novela si ni en unos pocos renglones sabía hacerlo bien.

La siguiente sesión empezó con los comentarios de Noelia sobre el nuevo texto que le presentó Albert. Después, ella le habló de los signos de puntuación. Cuando estaba mencionando el punto, el punto y coma y los dos puntos, él la interrumpió al relacionarlos con el cuadro que había colgado la semana anterior.

—Quiero enseñarte una cosa —le dijo cogiendo el portátil y enfocando hacia la pared—. Es de un amigo pintor. Se titula: “Nebulosa”. No sé si aprecias la luz que hay detrás de la imagen. Incorpora luces led que traspasan el soporte, que es resina de

poliéster. Trabaja con las transparencias de este material. Esos puntos de luz son estrellas, y los vaporesos colores, gases que las estrellas provocan con sus explosiones. Del gas y polvo de las estrellas se forman nuevas estrellas en el Universo.

—Debe de ser precioso —dijo Noelia—. No puedo distinguir con claridad todos los matices que me dices. Algún día tendré que visitarte para comprobarlo.

—¡Claro! —respondió ilusionado—. Te tomo la palabra.

Volvió a sentarse y escribió en su programa de correo la dirección de su piso.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—Te acabo de enviar un *mail* —le respondió.

—A ver —le dijo ella mientras comprobaba su correo.

—¡Ja, ja! —exclamó ella mientras le respondía con otro correo y su dirección—. ¡Ya estamos localizados! —Con esta frase Noelia se excedía en su confianza hacia Albert, que mostró su agrado con el pulgar levantado.

—Por cierto, aún no sé de qué trabajas.

—Soy camillero en un hospital —le respondió con dignidad—. Estoy orgulloso de ese trabajo. La soledad que me caracteriza se transforma en empatía hacia esas personas que la enfermedad, o un accidente, les ha cambiado sus vidas. Les pregunto si tienen familiares esperando o cualquier cosa que les distraiga de sus preocupaciones.

—Muy noble por tu parte, Albert

—Fue gracias a Laura —siguió Albert—. Estudia enfermería y está haciendo prácticas en el hospital donde solicitaban camillero. Me propuso hacer un curso avanzado de primeros auxilios. Tengo buena condición física, así que terminado el curso ya reunía las cualidades necesarias para el puesto.

Noelia le escuchaba al otro lado de la pantalla, en ese espacio que había abierto confiando en Albert.

—Me alegra que te sientas a gusto. Es importante dar a los demás lo mejor que hay en nosotros. A mí enseñar a escribir también me enorgullece. Me hubiera gustado ser una gran novelista, pero me di cuenta de que hace falta algo más que conocer la gramática, la sintaxis, la técnica para escribir. Algunos tienen un don para imaginar historias que yo no tengo. Pero si puedo dar esas herramientas que acompañen a la imaginación del propio escritor, me sentiré parte de sus obras.

—Estoy seguro que estás ayudando a muchos de tus alumnos. Aquí delante tienes uno de ellos.

—Gracias Albert, eres muy amable —dijo dulcemente—. Ahora te propongo que pongamos punto final a la conversación y vayamos con esa señal de dimensiones pequeñas, pero que sirve para tantos usos gramaticales: el punto.

INCISO

Como en las últimas semanas, Albert esperaba impaciente el encuentro con Noelia. Minutos antes de la sesión recibió un mensaje diciéndole que no se encontraba bien y aplazando la clase para la próxima semana. Laura, que estaba preparándose para visitar a sus padres, le oyó quejarse en voz alta:

—¡Mierda, seguro que le ha pegado el cabrón!

Laura se le acercó para preguntarle que ocurría.

—¿Quién ha pegado a quién?

—¡El borracho de su marido, o lo que sea! —contestó malhumorado Albert—. Me dice que tropieza y se golpea la cara, pero no es verdad, presiento que la maltrata. El otro día tenía un moratón enorme y los cristales de las gafas rotas. El próximo día seré

inflexible con ella. Le exigiré la verdad —le dijo alterado—. Tendría que denunciarlo. Estos casos van a más y luego ya es tarde.

—No seas tan crítico con ella, eso la victimiza más. Mira, ahora relájate, hoy me quedo, no quiero dejarte así. Pedimos un *japo*, recuerda que lo tenemos pendiente.

Ante la imposibilidad de poder hacer algo por Noelia, miró a Laura agradecido y aceptó la propuesta.

42 | Cuando llegó la cena ya habían preparado la mesa. Fue Laura quien le puso el toque de intimidad con unas pequeñas velas y cierto encanto en la distribución de la cubertería: los típicos palillos orientales, los pequeños cuencos para la soja, platillos lacados para el *sushi* y los *jiaozi*, mientras Albert descorchaba una botella de vino blanco fijando la mirada en su pantalla apagada, con nostalgia por la ausencia de Noelia.

Laura tuvo tiempo de maquillarse con unos simples toques de corrector, colorete en las mejillas, sombra, línea para realzar y definir la forma de los ojos, y brillo para dar luminosidad a sus labios. El pelo recogido dejaba ver sus pendientes candelabro de los que colgaban sofisticados adornos. ¿Quería impresionar a Albert? ¿Cautivar su mirada?

Cuando la vio venir, él se detuvo a medio descorchar la botella. La miró y siguió con su tarea deslumbrado por el atractivo de Laura.

—Vamos a brindar por tu belleza —le dijo Albert mientras llenaba las copas.

Laura se ruborizó. Hubiera podido prescindir del colorete. Brindaron.

—Bueno, cuéntame cómo te va el trabajo en el hospital —le dijo dejando tímidamente la copa sobre la mesa.

—Te estoy muy agradecido —respondió—. Me hiciste un gran favor. Me siento a gusto con el trabajo, aunque a veces veo situaciones duras que me hacen reflexionar e intento sobreponerme, así aumentará mi capacidad de adaptación frente a situaciones adversas, a tomar el control y decidir qué hacer en cada momento. Pone a prueba mi resistencia personal

—Y también te servirá como escritor —puntualizó ella—, para conocer aspectos del sufrimiento humano en esos lugares, pero también la solidaridad, el afecto y la entrega del personal sanitario. Quizás te inspire una novela. Tendrás un montón de protagonistas para tus páginas.

—Te advierto que a veces el escritor puede ser cruel con los protagonistas. Crea y utiliza sus personajes como figuras de barro, los moldea a conveniencia, transformándolos en monstruos, criminales,

enamorados, defensores de la paz, artistas, científicos o simples camilleros. Para en un instante destruirlos con su puño y letra, aplastados y borrados.

Decía esto mirando el cuadro de su amigo, la nebulosa y las estrellas, pensando que para crear nuevos personajes deben desaparecer otros. Luego miró a Laura y le dijo:

—Gracias por haberte quedado. Tus padres te echarán de menos

—Me apetecía estar contigo. Mañana haré un ir y venir para ver a mi madre. Tiene un cáncer de mama y quiero estar a su lado.

—Vaya, lo siento —le dice Albert cogiéndola de la mano.

—Mi padre la cuida, es médico, me da esperanzas de que podrá superarlo. Me dijo que es un tipo de carcinoma que no se ha extendido a otros tejidos de la mama.

—Mi madre tuvo un cáncer más violento —dijo él—, se propagó rápidamente. La añoro mucho.

Laura puso su otra mano sobre la de Albert que apretaba la de ella.

—¡Venga, brindemos por la vida! —dijo él alzando la copa.

—¡Claro que sí! —dijo ella uniéndose al brindis—. Y gracias a Fabián, que ha contado con nosotros para compartir el piso.

—¿Hace mucho que lo conoces? —le pregunto él.

—Solo de la discoteca en la que trabajabas. Charlamos varias veces y al parecer le caí bien, porque tenía unas cuantas chicas que estaban interesadas en él... y el piso, pero no quería problemas de convivencia. Creyó que yo era la más adecuada, y por lo visto tú también.

—No tenemos mucho en común, la verdad —confesó él—. A veces es un impertinente sabelotodo. Siempre el rey de la fiesta. Solo le interesa divertirse, trasnochar, pinchar discos en su atalaya provocando la histeria de sus *fans*.

—Sí, es un auténtico *showman*. Pero a pesar de su apariencia de frivolidad, aprecia la amistad y sabe en quien confiar. En las pocas conversaciones que hemos tenido se sinceró conmigo. Me contó que no tenía buena relación con sus padres. También eran de vida nocturna, iban al bingo o bien salían con amigos de copas y regresaban muy tarde a casa. Se sentía desatendido, abandonado. Prescindían de él. De pequeño leía muchos libros de aventuras en esas horas solitarias. Pero ya de mayor terminó haciendo

lo mismo que ellos: buscar en locales nocturnos sus amistades, sus compañías, admiradores.

Albert tuvo sentimientos ambivalentes por las aclaraciones de Laura sobre Fabián. Le agradeció sus impresiones sobre él y le propuso un nuevo brindis. Ambos sonrieron. Ella satisfecha de cómo había ido la cena y él con la sensación de haber descubierto una Laura desconocida.

PRONOMBRE INTERROGATIVO

Albert esperó a que llegara su cita semanal con Noelia. Estuvo dudando qué hacer. Solo tenía dos opciones: contactar con ella por correo o irse a Valencia con la dirección que le había pasado. Lo normal hubiese sido tener su número de teléfono, pero por alguna razón ella no quiso dárselo. Él respetó su deseo de no usar el correo electrónico. Pensó que quizás no quería dejar rastro de llamadas y escritos de sus conversaciones por miedo a que Diego accediera a ellas. Pero estaba dispuesto a lo que fuera si se enteraba de que Noelia corría peligro, como viajar a Valencia y presentarse en su casa.

Llegó el día, se puso delante del portátil y se conectó .

Cuando se vieron, quedaron en silencio. Albert reseguía con su mirada los nuevos hematomas que Noelia tenía en la cara, perceptibles a pesar del maquillaje que pretendía disimularlos. Ella intentaba esquivar la cámara que la enfocaba. Su rostro expresaba la ansiedad de la situación. El de Albert, todos los pronombres interrogativos que se utilizan para formular preguntas directas o indirectas: ¿qué, quién, cuál, cómo, cuándo, dónde, por qué?

Noelia, con voz apagada, fue la primera en hablar:

—Hola, Albert. ¿Cómo estás?

—Desconcertado, confuso, preocupado —le respondió—. No me vas a decir que has tropezado otra vez, ¿verdad?

—No, no te voy a mentir. Ya te dije que Diego está pasando una mala época. La bebida lo perturba. El fracaso de no escribir, de creer que a sus cincuenta años ya es tarde le induce a ello. No se da cuenta del poeta que llevaba dentro. Recuerdo uno de sus escritos que decía: *Ese líquido que primero se presenta como un apacible lago cuya contemplación te relaja, que poco a poco se va transformando en un mar donde las olas se balancean como un péndulo que te hipnotiza. Pero sigues acercándote a lo que*

ya se ha convertido en un gran océano y tan cerca te has aproximado que el oleaje te lanza sobre las rocas para acabar ahogándote en aguas sucias.

Diego había descrito su naufragio, la caída en las profundidades del alcohol. Ella le quería, un amor ciego la ofuscaba, renunciaba a perderlo, resignada a sufrir sus turbulentas reacciones que estaban consumiendo sus vidas.

—Cuando no va bebido es muy dulce con nosotras —le seguía excusando—. Ayer trajo un sonajero para Bárbara y cenamos muy relajados, charlando, como al principio de nuestra relación. Quiero darle tiempo, le ayudaré...

—Los dos necesitáis ayuda —le interrumpió Albert—. Él una terapia de desintoxicación y tú protección ante sus reacciones violentas. Hay instituciones que brindan apoyo a personas que sufren este tipo de agresiones. También deberías ponerlo en conocimiento de la policía.

—¡No! ¡Eso le hundiría del todo! —le dijo ella muy seria—. Te ruego que no hagas nada que pueda empeorar su estado.

—¿Y el tuyo? Mira cómo estás. También me preocupa Bárbara.

—Diego sería incapaz de hacerle daño.

—Como quieras. Entonces sigamos con nuestra sesión.

—Te lo agradezco —respondió ella—. Estábamos con el punto. Hagamos un punto y aparte, ¿no te parece?

—Te propongo unos puntos suspensivos —puntualizó Albert.

—Veo que has estado muy aplicado estos días. Sigamos pues.

PRONOMBRE PERSONAL

Pasó otra semana y llegó otro viernes. Laura y Albert almorzaron en casa. Estuvieron charlando sobre la difícil situación en que se encontraban por su omisión respecto a las denuncias que callaban.

—Pediré información al hospital y se la haces llegar, o se lo comentas. —le dijo ella—. Hay protocolos para detectar esos casos de violencia de género y ayudar a las mujeres maltratadas. Si siguen las agresiones tendríamos que ser nosotros quienes lo denunciemos, está en juego su vida y la de la niña.

—Lo sé, Laura. Cada día pienso en ello. Te juro que la próxima vez lo haré. Cada semana la veo más

insegura, débil, y el miedo reflejado en su mirada. Tengo que decirte que el hecho de que estés a mi lado me ayuda a no enloquecer.

—Cuenta conmigo. Debes valorar decisiones para impedir el continuo maltrato de Diego —le dijo ella acariciando las manos de Albert.

Él se levantó y tomando varias flores preparó un racimo que le entregó, diciéndole:

—Llévaselas a tu madre y dale las gracias de mi parte por haberte parido —le dijo con un guiño.

Laura sonrió y le abrazó besando sus labios. Luego se marchó para coger el autobús que la llevaba a Mataró.

A media tarde llegó Fabián.

—Hola, Albert ¿Cómo va todo? ¿Cómo le va a Noelia? ¿Ha mejorado la situación?

Días antes, Albert tuvo una larga conversación con Fabián. Le comentó los problemas que Noelia estaba teniendo, su preocupación, el dilema del silencio, su impotencia. Fabián estuvo muy cercano y se ofreció a ayudarlo en lo que necesitara. Albert recordó lo que le dijo Laura de Fabián: su humanidad y la lealtad con los amigos.

—Hoy saldré de dudas. Aprecio tu interés —le agradeció Albert con un abrazo.

—Por cierto —le dijo Fabián sorprendido por esa muestra de afecto, a la que tan poco estaba acostumbrado—. Hoy voy a Valencia, tengo un tren a las seis. Celebramos los treinta años de la Ruta del Bakalao. Me llamas si necesitas cualquier cosa —dijo con unos pasos de baile y la mano pegado a la oreja a modo de celular, con su característica desenvoltura.

Fabián se retiró a su habitación para preparar su bolsa de viaje, mientras Albert, sonriendo por lo divertido de su actuación, decidió descansar un rato antes de la sesión.

Se quedó dormido y al despertar, vio que que llegaba tarde a la reunión con Noelia. Fabián ya se había marchado y, como de costumbre, había dejado restos de su comida en el fregadero de la cocina. Albert ignoró aquel desorden, le interesaba mucho más saber cómo estaría Noelia.

Cuando se conectó , ella ya estaba ante la pantalla.

—Hola Noelia, perdona el retraso, me he dormido. Llevo días intranquilo por las noches. Veo que has vuelto a correr las cortinas —le dijo sorprendido.

—Hola, Albert. Sí, te explico. Diego ya no tiene trabajo . Ahora vive en casa, comprenderás que es mejor evitar que lo veas. Acaba de salir. Hoy juega Argentina contra Inglaterra. Estará en algún bar con sus amigos. Cuando vuelva ya habremos terminado, pero por si acaso.

—Vaya, lo siento. Eso no le ayuda, ¿verdad?

—En absoluto. Fue a consecuencia de un control en la carretera. Dio positivo en alcoholemia y le retiraron el carnet por acumulación de sanciones. Está buscando otro empleo. Le dije que dejara su piso, así el dinero del alquiler le servirá durante el tiempo que tarde en encontrar trabajo.

Albert se quedó preocupado. No creía conveniente, tras las últimas agresiones de Diego, que estuvieran juntos en el mismo piso y así se lo hizo saber:

—Noelia, entiendo que es por una cuestión económica, pero si sigue bebiendo en cualquier momento de su descontrol podría volver a agredirte. Por cierto, aún no sé nada de tu familia, ¿hay alguien de tu entorno a la que puedas acudir si necesitas ayuda?

—Mis padres murieron en un accidente de coche. Él se quedó dormido al volante, también bebía. Ya ves, me persigue esa fermentación etílica que impregna el drama en mis relaciones. Soy hija única. Sin familia cercana. Comprenderás que Diego y Bárbara sean los pilares humanos que sostienen mis emociones, para lo bueno y para lo malo.

Hubo un silencio para sus pensamientos. Noelia miró los papeles que tenía sobre la mesa y leyó unas anotaciones que había escrito:

—Hoy quería proponerte una reflexión sobre los pronombres personales —hizo una pausa y continuó—. Yo: penitente entregada a las necesidades de los otros, acogiendo las consecuencias de sus adicciones, creyendo que el poder de unas palabras encadenadas en una frase puedan dar sentido a mi vida. Tú: viajero que busca hospedaje para sus emociones, aposento donde reflexionar y alojarse en compañía de otros peregrinos para compartir destinos en su camino hacia la verdad. Él: navegante en frágil embarcación, patrón sin mando, a la deriva de sus deseos, rumbo al anhelo ebrio que le conduce al final de sí mismo, sin horizonte, varado en su propia isla.

Tras la exposición de aquellos retratos humanos, estuvieron expresando todo el jugo que los pronombres podían expresar: personales, posesivos, relativos, numerales, cuantitativos, indefinidos, interrogativos y exclamativos.

CONJUNCIÓN

La semana transcurrió más relajada para Albert. Laura tuvo mucho que ver en ello. Al trabajar en el mismo hospital solían quedar para tomar café y charlar. Por la noche salían a cenar, paseaban, veían

una película. Ella ya no iba a la discoteca. Intentaba distraer a Albert de su preocupación por Noelia. Se sentían unidos, compenetrados, creciendo juntos, nutriendo su cariño.

Un día antes de la reunión con Noelia tuvo una experiencia que empañó aquellos plácidos días. Fue en el hospital. Tenía que acompañar a una mujer que había llegado a urgencias agredida por su marido. Presentaba múltiples fracturas, contusiones y heridas graves que requirieron atención inmediata. Además de las lesiones físicas, aquella mujer estaba emocionalmente traumatizada y temerosa por su seguridad y la de sus hijos, que también habían sido testigos de aquella agresión.

Aquello hizo volver la pesadilla que martilleaba su conciencia. Le dolía el corazón. Pero recordó una conversación que había tenido con Laura, su convencimiento que la resiliencia era la mejor respuesta ante situaciones adversas.

Estuvo junto aquella mujer, reconfortándola. Dejaba que volcara toda su angustia, atendiéndola, escuchando sus lamentaciones. También observó cómo los equipos médicos y los protocolos para estos casos funcionaban tan bien. El objetivo era asegurar que aquella mujer y sus hijos recibieran el auxilio necesario para salir de esa situación y reconstruir sus vidas de manera segura y saludable.

Cuando la dejó en manos de la doctora, se dio cuenta de lo afortunado que era al estar con Laura, que, en un impulso de cariño, la llamó y le propuso una cena para celebrar su amistad.

—¡Claro que sí! —le respondió ella, ilusionada—. Yo me encargo de traer la comida. Esta noche será gastronomía tailandesa. ¿Te apetece un Pad Thai?

—Será nuevo para mí —le dijo él, confiando en su nueva experiencia—. Yo pongo el cava.

Albert la esperó en casa. Esa noche fue él quien se engalanó para impresionarla. Bien afeitado, perfumado con una de las muestras de regalo que tenía guardadas hacía tiempo, la camisa nueva para sus presentaciones de trabajo, todo ello muy afectado, no era su costumbre. Ya se sabe, el amor nos agita y altera nuestros hábitos.

Pero faltaba el último detalle. Puso una flor de sus crisantemos en el centro de la mesa. «Ahora sí», pensó.

—¡Hola, ya estoy aquí! —exclamó Laura al llegar.

Albert salió de su habitación. Terminaba de desabrocharse un botón de la camisa, dejando ver un poco más su pecho.

—¡Hola, Laura! —le dijo abrazándola.

—¡Mmm! ¡Qué bien hueles! —le dijo ella— Ni el olor del Thai puede apagar la fragancia de tu perfume.

Laura le besó y deslizó su cara por la piel recién afeitada, experimentando con los sentidos del tacto y el olfato. El del gusto podía esperar en la mesa.

—Espero que te guste el picante —le dijo guiñándole un ojo.

—¿Más aún? —le respondió él—. Llevas un vestido muy ajustado que me acelera el corazón ¿Estás preparada para un volcán en erupción?

—¡Guau! Esto promete —le dijo animada—. Probemos cómo estalla el cava que has comprado.

—Esta noche van estallar muchas cosas —expresó con picardía Albert.

¡EXCLAMACIÓN!

A las ocho en punto de la tarde Robert estaba delante de su portátil, mirando la cámara, creyendo ver roturas en ella, algún golpe, el objetivo roto, recordando los hematomas de Noelia que su marido le había provocado. Sacudió la cabeza, pensó que

estaba alucinando y pulsó el icono verde del teléfono para iniciar su tutoría.

—Buenas noches, Robert —saludó Noelia al otro lado de la pantalla.

—¿Cómo te ha ido la semana? —preguntó él.

—Con las mismas rutinas: el curso con mis alumnos, el cuidado de mi hija Bárbara, las obligaciones domésticas... y mi navegante en combate constante con el temporal. Ahora en el bar.

—¿Le has propuesto una cura de desintoxicación?

—No quiere hablar de ello. Yo tampoco, Robert, mejor seguimos con nuestra tutoría, ¿no te parece?

Él mostró un gesto de desacuerdo, pero aceptó a regañadientes.

—Hoy será especial —le advirtió ella—. He pensado que podríamos analizar la exclamación: voz, grito o frase en que se refleja una emoción, sea de alegría, pena, indignación, cólera, asombro o cualquier otro afecto.

En ese momento, al otro lado de su pantalla, Robert oyó el ruido de unas llaves en la cerradura de una puerta, luego, el golpe al cerrarse. Ella giró la cabeza hacia las cortinas, que se movieron por el efecto del aire. Unos pasos cada vez más próximos hicieron que Noelia volviera a mirar su teclado y la pantalla, quizás para apagarla. Robert vio cómo alguien abría las cortinas. Era su marido, Diego, que se tambaleaba. Se apoyó en las estanterías para evitar

caerse mientras Noelia se levantaba para sujetarlo.

—Vienes borracho —le increpó ella—, no quiero que estés así delante de Bárbara.

Ella intentaba sacarlo de la habitación. Forcejearon.

—¡Déjame, Noelia! —le pidió Diego gritando—. ¡Quiero estar con mi hija!

Robert se asustó, lanzó un grito que llegó a los altavoces que tenía Noelia activados:

—¡Suéltala! ¡No le hagas daño! ¡Cálmate, por favor!

Diego se detuvo, rastreando con su mirada de dónde procedía aquella voz. Se fijó en la pantalla del portátil que estaba oscura. Desconcertado, preguntó:

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —decía mientras andaba oscilando por la habitación.

—Es un alumno —le respondió ella—, estamos en una sesión online. He apagado la pantalla. Por favor, retírate.

—Quiero verlo —decía Diego con voz pastosa por la bebida, mientras se acercaba al portátil para encender la pantalla.

Robert lo vio muy cerca. Parecía entrar en su casa. Le espantó aquella cara hinchada, enrojecida y con ojos irritados por la mezcla de ira y alcohol que le amenazaba con la mirada.

—Así que tú eres su alumno. ¿Quiere hacer de

ti un escritor? Vete con cuidado, ya ves en qué me he convertido yo. La botella de coñac ha sustituido al tintero. Quería hacer una novela con Noelia y nos salió una hija. Estate alerta, a saber cuántos hijos tiene publicados con sus alumnos.

—¡Calla! ¡Te lo suplico! —le imploró ella.

Los gritos despertaron a Bárbara, que lloraba.

—¡Lo ves! —la acusó Diego—, has conseguido despertarla.

Robert observaba la escena con espanto. Cogió el móvil y llamó a un amigo.

—Fabián, ¿estás en Madrid? Toma nota de la dirección de Noelia y ve hacia allí. Estoy en videoconferencia con ella y no me gusta lo que veo, su marido la está pegando.

Robert dejó el móvil y volvió a exigir a Diego que soltara a Noelia.

—He llamado a la policía. ¡Déjala ir!

—¡Así que estáis conspirando para quitarme de en medio, eh!

La situación se iba agudizando. Noelia le empujaba fuera de la habitación mientras caían las fotos de sus estanterías y los sollozos de Bárbara se escuchaban ansiosos.

Robert se mordía las uñas viendo la escena. Se levantaba de la silla, andaba de un lado a otro del salón, volvía delante de la pantalla, se sentía impotente observando cómo Diego pegaba a Noelia. Fueron varios

minutos de agonía deseando que Fabián irrumpiera en la casa para evitar lo peor. Tras varios golpes más, la vio caer y a Diego abalanzarse sobre ella. Desaparecieron los dos de la imagen pero seguía oyendo los gritos de ambos y los lloros de la niña. Robert cogió el portátil como si intentara apartar el cuerpo de Diego, al que vio levantar un brazo buscando entre los estantes de la habitación algún objeto. Una amatista quedó atrapada en su mano y golpeó repetidas veces a Noelia que gritaba auxilio: ¡¡No, Dios mío!! ¡¡Ay!! ¡¡No!!

—¡¡Noelia!! —la llamaba Robert angustiado sin poderlos ver.

60

Al rato, solo escuchaba los llantos de Bárbara. Diego volvió a aparecer ante él. Se miraron. La sangre que había salpicado su cara aumentaba lo escalofriante de su rostro.

—¡¿Dónde está Noelia?! ¡¿Qué le has hecho?! ¡Cabrón! —lloraba Robert.

Diego se giró, tapándose los oídos con las manos ensangrentadas para no oír los gritos de la niña. Se le acercó sacudiendo con rabia la cuna. Eso aumentó los lloros y gritos de una niña asustada que respiraba de manera profunda y entrecortada. Diego, irritado y exasperado, cogía los libros que encontraba para arrojárselos enfurecido.

—¡Calla! ¡Calla!

En ese momento Robert oyó otras voces y fuertes

golpes. Vio entrar a Fabián y sus amigos que se lanzaron sobre Diego. Uno de ellos se inclinó hacia Noelia. Fabián abrazó a Bárbara intentando calmarla mientras los otros forcejeaban con Diego.

—¡Fabián! —gritó Robert—. ¡Gracias a Dios! ¡¿Cómo está Noelia?!

Fabián no contestaba, se mantenía de pie, con la niña en brazos, cabizbajo. A su alrededor un grupo de jóvenes sujetaba a Diego, todos con la mirada fija en el cuerpo de Noelia que yacía en el suelo, inerte junto a la amatista. La sangre cubría el violeta del mineral.

La imagen en la pantalla de Robert se congeló.

ACENTO

Hace cuarenta y tres años de la horrible noche en que perdí a mi madre. Hoy es viernes, falta poco para que a las ocho tengamos nuestra cita habitual, *online*, con Albert. Hablamos de ello en nuestras reuniones virtuales, esa tecnología que nos permite estar juntos, yo en Australia, él en Barcelona. Laura en el cielo, en nuestros pensamientos. Una víctima más de ese cáncer que veinte años después, con los nuevos descubrimientos, estamos investigando en el hospital donde trabajo. Diego murió a consecuencia del apocalipsis de su vida: la adicción a las drogas, el yugo de su condena, el arrepentimiento sin

remisión y el extravío de su alma. ¡Tengo tanto que agradecer a Albert y a Laura!, mis otros padres, por el empeño que dedicaron en conseguir mi adopción, mi educación, mi felicidad. Su matrimonio favoreció el trámite de mi tutela. También Noelia quiso ser tutora de Albert, pero el destino no quiso complacerles. ¡Ah!, y Fabián, mi padrino, protector, mecenas de mis estudios. Su carrera como *disc-jockey* le proporcionó unos buenos ingresos. Vive como un rey en Indonesia, así que me visita a menudo. Hoy tengo ganas de que Albert me hable sobre su última novela. Ya tiene publicadas seis, gracias a su dedicación y a la compañía de Laura, que durante veintitrés años le ayudó en su evolución como escritor. Fue su amor incondicional, estaban muy unidos. Algo que siempre le agradeceré a Laura era su complicidad con Albert recordando a mi madre, que le decía: «Cuando acabes un libro, recuerda: en la última página no escribas “punto y final”».

35